

La contaminación electromagnética

LPG

Por Roberto Rubio-Fabián

A principios de los sesenta, el geoquímico estadounidense Clair Patterson, en sus investigaciones exitosas para medir la edad de la Tierra, descubrió abundantes partículas de plomo en superficiales capas de hielo. Esto lo llevó a estudiar las nocivas concentraciones de plomo en el medio ambiente y la cadena alimenticia. Pudo asimismo determinar que ello provenía del uso de la gasolina. Su cruzada por eliminar el plomo en la gasolina tuvo por años la resistencia/ataque de las multinacionales petroleras. Felizmente, el Congreso norteamericano le dio la razón, y en 1970 aprobó la Ley de Aire Limpio. ¡O sea que desde principios de los años veinte del siglo pasado la humanidad pasó respirando y comiendo plomo! ¿Cuántos habrán enfermado o muerto por ello?



Algo parecido ocurrió con el cigarrillo. En 1954, el epidemiólogo británico Richard Doll publicó una investigación que establecía por primera vez la relación del tabaco con el cáncer de pulmón y otras 19 enfermedades. Desde entonces, muchos estudios e investigadores continuaron mostrando la nocividad del consumo de cigarrillos. A pesar de ello, durante años las multinacionales del tabaco trataron de contrarrestar, ocultar o distorsionar las investigaciones sobre los efectos del tabaco en la salud, y siguieron bloqueando los intentos de control de la producción y consumo de la nociva mercancía.

Pero en 1990 la industria del tabaco pierde un juicio en Minnesota, Estados Unidos, que permite sacar a luz miles de documentos confidenciales que evidenciaron

que desde la década de los años cincuenta la industria tabacalera conocía de los efectos nocivos y adictivos del consumo del tabaco. Comenzaron así tímidos controles y campañas en contra del consumo de tabaco, lo cual ha venido contribuyendo a disminuir su consumo en el mundo. Mientras tanto nos preguntamos ¿cuántos millones de fumadores, voluntarios o involuntarios, se enfermaron o murieron sin conocer el daño que el consumo de tabaco producía? Sin duda no fueron pocos: un estudio de la Organización Mundial de la Salud (2002) mostró que en el continente americano, entre 1990 y 1994, murieron un promedio anual de 500,000 personas a causa de dicho consumo.

En los últimos años se han comenzado a investigar los efectos de las radiaciones electromagnéticas en la salud. Dentro de las investigaciones se incluyen los aparatos que producen dichas emanaciones. Por algo se afirma con aplomo y razón que no es conveniente ponerse frente al microondas, especialmente para las embarazadas. Más recientemente, han venido aumentando los estudios sobre los efectos de las radiaciones por el uso frecuente de los teléfonos móviles, y las radiaciones de las antenas. Las investigaciones no son concluyentes. Esto ha impedido que muchas demandas de ciudadanos contra las compañías telefónicas aún no hayan prosperado.

Ciertamente, las investigaciones sobre la exposición a las radiaciones de los teléfonos móviles y sus antenas no son concluyentes. Sin embargo, al contrario de lo que afirman las compañías telefónicas, hay muchos científicos y estudios que afirman que al menos no se pueden negar sus efectos negativos en la salud, y que por tanto se pueda probar tampoco su inocuidad. En consecuencia, mientras la nocividad de dichas radiaciones se prueba o no, lo mejor será ser precavidos. No pase lo mismo que sucedió con el plomo de la gasolina y el tabaco. Después lo lamentaremos.

Entre las medidas de precaución es recomendable no

mantener mucho tiempo el teléfono pegado a la oreja, usar manos libres con cable o el parlante. En cuanto a las antenas, en un artículo escrito en este periódico por el ambientalista Ricardo Navarro, este indicaba: "En El Salvador las antenas se colocan en azoteas, cerca de escuelas y hospitales y las personas en pisos cercanos reciben emisiones altas de radiación electromagnética continuamente", y recomienda acertadamente, con base en reglamentaciones que han tomado otros países, que las antenas no deberían permitirse a menos de 300 metros de lugares habitados. Tomemos esto en serio.